

especial para El Norte, edición del 8 de marzo de 1992

~~Interés público~~

Ideología priista la misma, pero diferente

Miguel Angel Granados Chapa

En el Monte Sinai de Insurgentes Norte y Héroes Ferrocarrileros, el Presidente Salinas entregó nuevas tablas de la ley, un nuevo decálogo a los priistas, sus compañeros de partido. Les entregó también un nuevo ideario, al encabezar la celebración del 63o. aniversario del PRI. Los recibió, en nombre del Pueblo Elegido, un Moisés sonorense, el senador Luis Donaldo Colosio.

Pero la cuestión es más complicada que como la enunciámos en las líneas precedentes. Primero, desde la simple aritmética, no queda claro si se trata de un decálogo, como todos los que se respetan, compuesto por diez puntos: porque en el preámbulo, antes de desarrollarlos, el Presidente enumeró cuatro (soberanía, justicia, libertad y democracia), luego contó hasta diez, pero en uno de los numerales incluyó cuatro temas, con lo que en realidad se trata de trece reflexiones, sobre: soberanía, estado, justicia social, libertades, democracia, educación, el campo, los indígenas, alimentación, vivienda, salud, calidad de vida, e ideología del partido. La complicación mayor, sin embargo, no es aritmética, sino ideológica, o quizá dialéctica, pues como elemento de la reforma modernizante de la Revolución se ofrece una noción vigente en el siglo pasado, el liberalismo social.



Es preciso reconocer el esfuerzo presidencial por dotar de una nueva ideología, o de un modo nuevo de ostentar la ideología vieja, a su partido. Se nota que la retórica priísta tradicional no gusta al Presidente, y puesto que su programa económico pugna con las recetas de ese priísmo convencional, por esa doble razón se siente obligado a romper con el lenguaje y los principios de antaño. Pero, dotado de gran pragmatismo, tampoco quiere practicar el *hara kiri*, rompiendo de modo expreso con ideas que no le son, al fin y al cabo, tan ajenas. Su padre sirvió a tres gobiernos, los vigentes entre 1946 y 1964, y volvió a la vida política a partir de 1977, de modo que algún grado de corresponsabilidad le toca respecto de las tesis y prácticas de que abominan los modernizadores. El propio Presidente Salinas no puede eludir su vinculación con los tres gobiernos que antecedieron al suyo. Constan en la revista *Pensamiento político*, ideada para dar ropaje teórico e ideológico al pragmatismo de entonces, el de sello populista de Echeverría, textos en que el joven economista Carlos Salinas se solidariza con el gobierno. Lo hizo de modo más enfático, orgánico y comprometido cuando se convirtió en funcionario cercano al secretario de Programación y Presupuesto Miguel de la Madrid y él mismo actuaba como secretario técnico del gabinete económico.

Para resolver esa antinomia, ha aplicado el principio filosófico que se enuncia diciendo, *antes como antes y ora como ora*, es decir la teoría de la adecuación a las circunstancias. Lo que fue útil deja de serlo, hay que



admitirlo y avenirse a nuevas realidades. El combate a las añoranzas sirve, igualmente, para contender con quienes estiman que el paso de lo viejo a lo nuevo no es sólo un problema de tránsito, sino de sustancia, y que ha habido un verdadero golpe de Estado por el cual se expulsó del gobierno a la Revolución, aunque sus personeros sigan hablando de ella como si la representaran. El nacionalismo revolucionario dejó, así, su lugar al centrismo progresista, y se ha llegado ahora al liberalismo social.

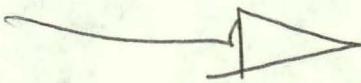
En su mensaje definitorio, el Presidente eligió la vía de la comparación, para diferenciar su oferta. Es una técnica riesgosa, en este caso por dos motivos. El primero es que conviene más subrayar los propios valores que las fallas del adversario. Hasta en la no muy rigurosa ética de la publicidad se recomienda no fincar las bondades de un producto en la prédica de los defectos de otro. El segundo motivo es que, por varias razones, la adjetivación asentada por Salinas a las tendencias ante las que contrastó puede ser aplicada al gobiernismo actual, por la imagen que proyecta o por el pasado del que no puede desprenderse. Por distinguir el liberalismo social del estatismo y del neoliberalismo, el Presidente incurrió en la caricatura, en la exageración de rasgos grotescos en los que nadie se reconocería. Por añadidura, al describir a los adversarios de la corriente en la que se reconoce inscrito, evidenció lo impropia que es la concentración en una misma persona de los atributos de Jefe del Estado, Jefe del Gobierno y Jefe del Partido: libertades



de juicio que este último puede tomarse respecto de quienes contienden con el suyo en la arena política, cuadran mal a quien por su investidura es la autoridad electoral: ¿pueden los órganos dependientes del Ejecutivo examinar con imparcialidad las demandas de respeto al voto de los nuevos reaccionarios que creen en la democracia sólo cuando ellos ganan, luego de los adversos juicios que su jefe produjo al respecto?*

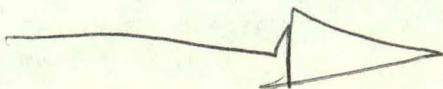
Ya no sorprende, pero no deja de ser llamativa, la unanimidad que suscita la voz presidencial. Los documentos doctrinales del PRI, flamantes todavía, puesto que apenas cumplieron el día de su nueva definición 18 meses de edad, no se asemejan a la tesis expuesta, como propia del partido gubernamental, el 4 de marzo. Y sin embargo, el mismo aparato que aprobó las tesis de septiembre de 1990 se deshizo en aplausos, y en expresiones de delirio entusiasta, ante el nuevo perfil trazado por el Presidente. Salvo que el fenómeno denotara una extrema, excepcional, casi poética sensibilidad para percibir realidades que no son apreciables a simple vista por los mortales comunes, como el ansia imperativa de las bases priistas por tornarse practicantes del liberalismo social, tendríamos que convenir que el priísmo se ha habituado a bailar al son que le toquen, sin remilgos a pesar de que los ritmos escogidos sean tan parientes entre sí como el rigodón y la lambada.

Pero vengamos a la propuesta del Presidente. Se trata de un discurso en defensa propia. Acusado su gobierno, o su



equipo más cercano, de practicar una política neoliberal, análoga a la del thatcherismo y el reaganismo, el Presidente busca establecer una prudente distancia. Admite ser considerado liberal, pero no neo, sino social, lo que en cierto sentido es aceptar ser tenido por paleoliberal. Al mismo tiempo, reitera su ya conocido deslinde respecto al estatismo, tendencia que fue la de su partido hasta ahora. Propone, así, un tercerismo, una vía intermedia, en la línea del *nini*: ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbe.

Cuenta el Presidente, para esa operación, con un valioso doble apoyo. Por un lado, la tradición liberal mexicana. Por otra parte, al rescate de esa tradición realizada por don Jesús Reyes Heroles. Salinas lo citó, pero sólo para recordar que bautizó al liberalismo como una corriente triunfadora. En realidad, las nociones difundidas por Reyes Heroles están dispersas en no pocas porciones del mensaje presidencial. Es probablemente don Jesús quien acuñó la expresión liberalismo social, y con ella denominó dos capítulos del tercer tomo de su vasta investigación sobre *El liberalismo mexicano*. Esta obra, publicada entre 1957 y 1961, es mucho más que un erudito estudio sobre las ideas y los protagonistas del liberalismo, y de la sociedad en que aquéllas y éstas actuaron. Su autor se propuso establecer una línea de filiación entre el credo de los hombres de la Reforma y los de la Revolución, ejercicio recuperado de nuevo por Salinas. Allí aparece, entonces, una paradoja: en rigor estricto, la



Revolución Mexicana, después de la revitalización ideológica que le aportó Reyes Heroles, no ha dejado de tenerse como profesante del liberalismo social, aunque no lo mencionara por su nombre. No hay, entonces, novedad alguna en esa posición, y por consiguiente, no se ve cómo se puede reformar hoy la Revolución, como dijo el Presidente, con un factor que estaba ya presente en el discurso ideológico.

Pero el hecho es que sí hay una reforma, quizá no con base en esas tesis, sino en las que el liberalismo político contemporáneo ha empleado para remozarse, para ponerse al día. Conviene recordar que, después de la segunda guerra mundial, varias familias ideológicas se internacionalizaron para competir en todos los terrenos con los partidos socialistas (socialdemócratas) y comunistas que estaban ya vinculados entre sí. De ese modo, surgieron las agrupaciones de democristianos, conservadores y liberales. Estas tres corrientes se diferencian poco entre sí, y su ubicación ante los electores varía según el país de que se trate. En Europa Occidental, sobre todo en naciones que tienden al bipartidismo, los liberales juegan a ser la bisagra, a ocupar una tercera posición, de árbitros que les permite, con escasos efectivos electorales y parlamentarios, desempeñar un papel de eficacia gubernativa. El FDP alemán, por ejemplo, no obstante sus reducidas dimensiones comparado con la socialdemocracia y la democracia cristiana, ha podido influir en el gobierno y aun formar parte de él, en alianza antes con el partido de Willy Brandt y ahora con el de Helmut Kohl.

Están a la izquierda de éste pero a la derecha de aquél. Con menos fortuna reciente en la Gran Bretaña, donde el panorama partidario tiende a diversificarse, los liberales resultan a la izquierda del Partido Conservador, encabezado por la señora Thatcher y aun ahora por el señor Major. Precisamente ante los excesos privatistas, individualizadores del conservadurismo, que en el confuso juego de palabras contemporáneo, es el practicante del neoliberalismo, los liberales históricos resolvieron dar un cariz social a su doctrina, a partir de los años setenta, con miras a hacerse más aceptables. No rechazan abruptamente toda intervención estatal en la economía, ni conceden entera validez a la mano invisible que ordena el funcionamiento del mercado. Creen que hay que darle una ayudadita. Ese es, en el ámbito mundial, el liberalismo social.